

PRÓLOGO

Hola, querido lector —¡sí, tú que estás pasando páginas en la tienda de libros!—, ¡permíteme razonarte por qué merece la pena dedicar tiempo y finanzas al presente libro!

Visionemos juntos cómo el mejor padre del mundo, que también es el superhéroe del libro, pasea con un traje blanco en la terraza de su lujurioso loft de Nueva York. Sobre el rosado cielo planean sombras de pájaros, desde las calles se van desvaneciendo los bocinazos de los taxis y de fondo burbujea un gigantesco jacuzzi.

Nuestro héroe observa las multitudes de Manhattan. El viento revolotea su viril cola de caballo mientras la memoria memoriza su vida: la pobre infancia en el orfanato de Túnez, la relocalización a Suecia y la lucha por su carrera. Excelentes colecciones fotográficas, frecuentes decepciones, repetidas traiciones. Acompañado de un sol en descenso y un burbujeo intenso, sonrío al pensar en el tardío éxito de su carrera.

De repente, se rompe el hechizo de su nostalgia. ¿Quiénes son los sorprendidos invitados portadores de globos que salen de su ascensor personalmente instalado, vitoreando su nombre? Por aquí le saludan malabaristas fotográficos de la talla de Cartier-Bresson y Richard Avedon; por allá se da la bienvenida a

personalidades intelectuales como Salman Rushdie y Naomi Klein. Entretanto llegan personajes ejemplares con almas globales como Kofi Annan y Sting. Los corchos del champán levitan hacia el cielo mientras los camareros sacan una gigantesca tarta con su nombre en azúcar glas. Antes de que termine la noche, un Bono envuelto en pieles habrá amenizado su quincuagésimo aniversario con una versión acústica de *Even Better Than The Real Thing*.

Nuestro héroe lacrimiza sus ojos y da las gracias a sus amigos.

¿Cómo pudo alcanzar este éxito cósmico un chico de bajos fondos sin padres?

¡Invierte inmediatamente en un billete para el viaje del libro y conoce la respuesta!

PRIMERA PARTE

¡Saludos cordiales!

¿A que no conjeturas quién te escribe estas frases? ¡¡¡Es KADIR el que teclea el teclado!!! ¡El amigo más anticuado de tu padre! Me memorizas, ¿verdad? Mi esperanza es tu cabeza asintiendo con entusiasmo. Se numeraba el año 1986 cuando os hice una visitación en Estocolmo: tu sonriente madre, tus hermanitos recién venidos al mundo, tu orgulloso padre con su fresco estudio fotográfico. Y luego tú, que asistías a los conocimientos de la lengua sueca de tu padre y míos. ¿Memorizas nuestras reglas gramaticales? Entonces eras un chico corpulento con talento para las lenguas y un atlético apetito por los helados y los caramelos Pez. ¡Ahora, de repente, te has convertido en un hombre erguido, a punto de publicar tu novela primaria! ¡Alabadas sean mis feroces felicitaciones! Ay, cómo tictaquea el tiempo cuando uno tiene humor, ¿no te parece?

Tu casa de publicaciones me ha correspondido tu correo-e y te escribo para interpelar si has sido iluminado por noticias de tu padre. ¿Sabes dónde se localiza en el presente? ¿Sigue vuestra relación tan lastimosamente silenciosa como durante los últimos ocho años? Tu padre y yo hemos mantenido una amistad sólida todo este tiempo, hasta hace un mes,

cuando de repente dejó de responder a mis cartas-e. Ahora, mi pecho está colmado por una preocupación persistente. ¿Ha sido raptado por la CIA y conducido a Guantanamo Bay, forrado con mono naranja? ¿Ha sido despachado por el Mossad? ¿Nestlé le ha hecho prisionero como represalia por sus reveladoras fotografías de las fábricas semiesclavistas de Paraguay? Todas estas alternativas son plenamente potenciales, puesto que tu padre ha alcanzado una estatura de gran prominencia política. Desde que tu padre se relocalizó de Suecia, su carrera fotográfica ha sido brillantada por un éxito ororífico.

En los últimos años ha estado de gira mundial con su cámara como arma política. Ahora, su alojamiento se localiza en un lujurioso loft de Nueva York, con estanterías ocupadas por literatura intelectual contemporánea, y él traspasa su tiempo con mejoradores mundiales del estilo del dalái lama y Bruce Geldoff. En sus madrugadas libres participa en conferencias pacíficas o cabalga las avenidas en su Mercedes 500 SL de color lila, con tapicería de piel y limpiaparabrisas interactivos.

Escríbeme... ¿Tu éxito es equivalente al de tu padre? ¿Tu contrato libresco te ha transformado en millonario o billonario, o tan solo ha asegurado unos años de independencia económica? ¿Malabaristas literarios como Stephen King y Dan Brown son amigos íntimos o tan solo colegas formalmente conocidos? ¿Cuánta vagina alcanza la tirolina de un escritor a punto de ser publicado? Te invito a responderme cuando el tiempo esté disponible.

También yo he tenido sueños literarios. Durante mucho tiempo proyectaba una biografía dedicada a tu padre. Desafortunadamente, mi ambición quedaba mermada por abismos sapienciales y blasonadas casas de publicaciones. Ante la idea de componer este mensaje, mi cerebro fue repentinamente irradiado por una ocurrencia brillante: ¿qué te parece la idea de

que tu secundario libro sea un retrato de la mágica vida de tu padre?

¡Colisionemos nuestras sabias cabezas con la ambición de criar una biografía que esté a la altura de tu prominente padre!
¡Colaboremos en la creación de un opus maestro literario que atraiga públicos globales, nominosas nominaciones al Nobel y tal vez incluso una invitación al plató de Oprah Winfrey!

Correspóndeme cuanto antes tu positiva respuesta. ¡No te condolerás!

Tu amigo recién encontrado,

Kadir

P.S. Para humedecer tu deseo ante mi proposición agrego dos documentos Word. Uno es adecuado como prólogo para nuestro libro, el secundario retrata la infancia de tu padre. Conozco la anticuada reticencia de este de detallarte su historia. Pero créeme cuando te escribo: si él hubiera podido, habría repartido mucho más. Y si hubiera conocido tu nueva novela, habría iluminado avenidas enteras con su radiante orgullo.

Había una vez una aldea del oeste de Túnez que recibió el nombre de Saqiyat Sidi Yusuf. Aquí fue localizado mi nacimiento en el otoño de 1949. Aquí, mi vida era un idilio familiar hasta 1958, cuando un trágico accidente concluyó la vida de mi padre, mi madre y mis cuatro hermanos menores. Unas bombas desafortunadas de los franceses del poder colonial de Argelia cayeron azarosamente sobre nuestra aldea en busca de simpatizantes del FLN. Sesenta y ocho personas murieron y como consecuencia me quedé libre de padres. Un amigo de la familia me transportó a la ciudad de Jendouba, a la casa donde la generosa Cherifa y el amaroso Faizal aceptaron mi ingreso en su orfanato no oficial para mártires anticoloniales.

¿Tu padre te ha expuesto el esqueleto que queda de esta casa? Se localiza en los barrios orientales de Jendouba, no muy lejos del parque de las estatuas y el cinematógrafo actualmente cerrado. En ella había dos dormitorios con contraventanas turquesas y rejas decorativas negras. Había una cocina y una sala de comidas, un aula escolar con rasposos bancos para dos y una desgastada pizarra de tizas, además de colonias enteras de cucarachas dedicadas a los chasquidos nocturnos.

Ya por aquel histórico entonces, el corazón de Cherifa era

tan grande como ancho era su trasero. Su gigantesca fe en las potencialidades solo estaba igualada por su inflamado odio a la misión de extender la civilización de los franceses. Faizal, el marido de Cherifa, era un tímido maestro de aldea que, para compensar por su incapacidad de reproducción sexual, había autorizado a su mujer a ocuparse de niños mártires solitarios. Mi alojamiento era repartido con los enmusculados hermanos Dhib y Sofiane, cuyos padres habían sido asesinados mediante el método de ataque contra terroristas de FLN al que los franceses daban el cómico nombre de «*des ratonnades*» (cazas de ratas). En la habitación de al lado se alojaban Zmorda y su hermana Olfá, cuyos padres fueron encontrados muertos con uñas saboteadas y piel flambeada por electrochoques. Allí también estaban la parcialmente sorda Amine; Nader, que tenía una pierna más corta que la otra, y también Omar, con su tripa perpetuamente hinchada que emitía gases nocturnos. Todos sus padres y hermanos habían sido erradicados a consecuencia de la eficaz caza de terroristas sospechosos por parte de las tropas francesas. [N.B.: En el libro no hagas hincapié en las trágicas historias de los niños. Concéntrate en la mítica llegada de tu padre, no en los millones de muertos que la divulgación de la civilización francesa dejó en su estela. (Ya sabes que para hacer una deliciante tortilla siempre hay que decapitar algunos huevos.)]

Mi *rendezvous* inaugural con tu padre se escenificó a finales de 1962. En muchos sentidos, la mañana era ordinaria. Yo estaba tumbado en mi colchón, tempranamente despertado, mientras Sofiane mugía sus ronquidos y Omar soltaba lastre. Oí el cuerpo matutino de Cherifa, que arrastraba sus pasos rumbo al patio para fluir la bomba de agua. Entonces, de repente... entre dos roncas melodías de gallo... unos golpes en la puerta. Al principio eran flojos y revoloteados. Después, más fuertes.

Cherifa se dirigió a la puerta entre murmullos; yo me elevé

para seguir sus pasos. La puerta se giró hacia la luz del amanecer y afuera estaba...

Tu padre.

Su edad era en este momento la de un doceañero de baja estatura, con unas ramitas de brazos y un pelo negro como una protuberancia encrespada. Su camiseta interior tenía manchas de vomitaciones rojizas y su cuerpo vibraba a la luz del sol. Cherifa le interpeló por qué había venido. Tu padre separó sus labios reseco y gesticuló los brazos como un pájaro desesperado, y aclaró la garganta y emitió unos sonidos roncós. Pero no oralizó ni una palabra. Yo mismo recuerdo que él parecía muy sorprendente por su propia mudez.

El límite de la compasión de Cherifa estaba más que alcanzado. La casa estaba colmada y ella había garantizado a Faizal que él no iba a tener que hacerse cargo de los gastos de salvación de NINGÚN otro niño martirizado. Pero ¿cómo iba a actuar? ¿Retornaría a esta pobre criatura muda a la calle sin más? Mientras Cherifa visualizaba su decisión, tu padre le presentó un sobre bien doblado. Ella resquició el contenido y aireó rápidamente sus pulmones, como cuando el agua de la ducha se vuelve de repente fría como el hielo. Enseguida dirigió a tu padre a la fresca sombra del recibidor. ¿Qué fue lo que tu padre delegó a Cherifa? Mi especulación es una carta explicativa. O una generosa suma de economía.

Mientras Cherifa echaba un vistazo al contenido del sobre, como si quisiera comprobar que no había malinterpretado la sustancia, los ojos de tu padre reflejaron los míos. Erguí mi reconfortante mano contra la suya, más bien esponjosa, y tranquilicé sus nerviosos ojos con una blanca y centelleante sonrisa de bienvenida.

—¡Mi nombre es Kadir! —publicité—. ¡Bienvenido a tu nuevo hogar!

—.... —respondió tu padre.

—Eh... ¿qué?

—...

Tu padre me contempló con ojos inquisitivos. Era como si su habla hubiera sido bloqueada por magia negra. En realidad era una consecuencia natural del *shock* producido por una explosión nocturna, la muerte de una madre, una mudanza confusa y la emoción de ser el chico indiscutiblemente más solitario del mundo. Acaricié el hombro de tu padre y susurré:

—No hay preocupación, aquí estás en tu casa.

En el libro, tienes que llenar esta escena de mucho dramatismo y tubas sinfónicas.

Escribe:

«Aquí se conocen, pues, mi padre y Kadir. El héroe y su escolta. Kadir, que será parte del destino de mi padre por siempre jamás, un poco como Robin sigue a Batman, o como el negro de *Arma letal* sigue a Mel Gibson. Son dos amigos del alma que acaban de conocerse y que nunca defraudarán las promesas del otro».

[Tal vez puedes retratar dos pájaros que planean en el cielo de un amanecer y sonríen sus picos el uno al otro cuando se encuentran, para después volar juntos hacia el monte Kroumirie. (Esto sería un símbolo de nuestra iniciada amistad.)]

Tu padre y yo atamos rápidamente nuestro lazo de amistad hasta crear una bonita roseta sin palabras. En el primerísimo día, nuestros cuerpos fueron aparcados en el mismo banco para dos cuando Faizal efectuó su lección. En la hora del almuerzo le enseñé cómo tenía que esconder los dulces por debajo de la camiseta para no atraer la celosía de los chicos mayores. En la hora de la siesta manifesté muchas preguntas acerca de su origen que él trató de responder pero... su lengua seguía sin funcionar. Meneó sus brazos. Me expuso una fotografía en blanco y negro

de un hombre trajeado que cenaba con dos europeos. Me dejó sujetar una nudosa castaña. Pero sus labios no oralizaron ni una sola palabra. Por eso no tardó en ser motejado, de manera irónica, de la equivalencia en árabe de «aquel que habla tanto como uno que se ha tragado una radio».

La mudez de tu padre creció los cuidados de Cherifa. Él se convirtió en su nuevo favorito y a menudo la asistía en misiones caseras. Ella trató de curar su mudez conversándole constantemente. Discutía el cielo y la tierra, el tiempo y el viento, los rumores pueblerinos y las socializaciones, los disparatados precios de los pimientos y las eróticas visitas vecinales.

Faizal, celoso por las activas atenciones que Cherifa propinaba a tu padre, comenzó a surcar las palmas de sus manos con bastonazos duros y castigadores. Anticipó los quejidos de tu padre, pero todo lo que ocurrió fue que las palmas de las manos quedaron enrojecidas, sangradas y cicatrizadas hasta convertirse en estables costras. La mudez de tu padre se mantuvo intacta. (Por cierto, ¿no te parece curioso que el problema expresivo de tu padre fuese legado a ti? Porque supongo que te acordarás de los problemas que tuviste a la hora de exprimir letras sencillas como «r» y «s» en tu infancia.)

Dejemos ahora que las fechas abandonen la primavera por el otoño y el invierno siguiente. Deja que la escarcha llene el patio, deja que se callen los grillos. Tu padre y yo jugábamos en silencio, nos repartíamos pipas de girasol, espiábamos a las chicas recogeaguas del barrio. Desarrollamos un avanzado lenguaje de signos que solo nosotros comprendíamos.

Las noches de tu padre seguían dominadas por despertares transpirativos, recuerdos de los gritos de una madre, chispas y aullidos de fuego y líneas divisorias nocturnamente cruzadas. Con frecuencia, las lágrimas brotaban de sus ojos con imágenes mentales, siempre equipadas de un carácter impreciso. Yo tra-

taba de consolar sus lágrimas, pero no todas las pesadumbres resultan consolables. Algunas no lo son: este es el trágico hecho de la vida.

Aquí propongo que inyectes algunos recuerdos propios de vuestras vacaciones anuales en Túnez. Si tienes miedo de rivalizar con mi magnificencia metafórica, puedes variar el formato de tus letras. ¿Memorizas algo de Jendouba?

Claro que recuerdas Jendouba...

La ciudad en el oeste de Túnez donde padres creció. La ciudad donde arrugados campesinos con sombreros de paja cabalgan inclinados y los rojos remolques de tractor hacen sonar sus barras de hierro. Recuerdas el ajetreado *souk*, las *hadji* que muerden sus blancos velos con los dientes, el cine que proyecta películas chinas de kung-fu con subtítulos en alemán.

Recuerdas los golpetazos del martillo, las manchas de sudor producidas por el eterno frote, el cuerpo peludo de padres y después el viaje en la plataforma de carga, viendo cómo pasaban los cactus y las montañas de ajos amontonados.

Pero lo que mejor recuerdas es a la abuela Cherifa, que era tan gorda que siempre tenía que ponerse de medio lado para pasar por las puertas. Cherifa, que te daba la bienvenida con palmaditas y te llamaba *felouse* y siempre te pellizcaba los michelines para comprobar el nivel de grasa subcutánea y siempre echaba la bronca a padres porque toda esa extraña comida sueca te había dejado como un palo. Y recuerdas el abuelo Faizal, el retirado maestro de pueblo con su maletín de médico que siempre defendía Jendouba y afirmaba que la ciudad en realidad era muy

parecida a Nueva York. Por ejemplo, las dos están ubicadas bastante cerca de ríos. Las dos ciudades están gobernadas por idiotas. Las dos ciudades tienen taxis amarillos. Las dos ciudades sufren grandes problemas de basura. Y resulta difícil perderse en las dos ciudades; Nueva York tiene su sistema de cuadros y nosotros tenemos nuestro genial sistema alfabético. Después, Faizal sonríe hasta que los bigotes se convierten en una sonrisa superior adicional porque está claro que no hace falta explicar quién era el primo del hombre que inventó el sistema de carreteras de Jendouba...

Además, ambas ciudades se han hecho merecedoras de una larga sucesión de moteles. A Nueva York se la llama la Gran Manzana, el Melting Pot, la Capital del Mundo, la Ciudad que Nunca Duerme. En el caso de Jendouba, el Ojete del Culo, el Sobaco, la Sauna, el Recto, el Culo de Burro, el Asadero, las Brasas, el Horno de Pan o tal vez la irónica denominación de padre, el Congelador. Y solo cuando padre quiere ser especialmente académico dice que vais a pasar el verano en Anus Rectum.

Y recuerdas todos los amigos de padres. Los viajes del aeropuerto a casa en el Mercedes de los años sesenta de Omar con tapacubos fijados con celo, el cuscús de «bienvenidos» en casa de la familia de Olfa, los saludos aulladores de Amine, el caluroso regazo de Zmorda. Todos suspiran cuando Nader comienza a jactarse, como siempre hace, de aquel sastre que no cobra más por coger dos bajos diferentes del mismo pantalón. Y recuerdas muchísimas más cosas: los tatuajes del gigantesco bíceps de Sofiane, el brazo izquierdo de Dhib que siempre está más moreno que el otro después de tantas horas de sol en el taxi, las noches de dormir en los tejados y el olor a

sábanas recién lavadas, pipas *shisha* con sabor a manzana y galletas recién horneadas de la fábrica de Emir. Los atardeceres sentado en la mediana de la calle central con la abuela, rompiendo crujientes trozos de sandía, escupiéndole pepitas a los coches que pasan, saludando con la mano al taxi de Dhib, tentándolo con pulpa mientras el diluido jugo de la sandía, de color rosa, corre lentamente por el antebrazo. La cuestión es si todo esto tiene algo que ver con el libro sobre tu padre. Es probable que no. Probablemente será mejor dejar que Kadir marque el rumbo a seguir al principio... Por supuesto que recuerdas también a Kadir. El mejor amigo de padre, el mujeriego sembrador de piropos vestido con traje lila que os visitó en Suecia a mediados de los años ochenta y que partió enfurecido, por razones que no recuerdas. ¿Qué fue lo que pasó en realidad?

La siguiente escena tiene lugar en el invierno de 1964. Las cumbres del monte Kroumirie relucen de nieve y tu padre lleva ya dos años en casa de Cherifa. Dos años de mudez total. Dos años sin el menor susurro.

Ese día invernal estábamos todos tiritando en el comedor, ingiriendo nuestra comida y soplando aire caliente a las palmas de las manos. Recuerdo cómo tu padre de repente levitó y marchó rumbo a la cocina de Cherifa, a pesar de que esto era algo muy ilegal. Desde la distancia vi cómo se aclaró su garganta cartorceañera, despegó la lengua y... ¡habló!

—Eeh.... ¿Puedo repetir, por favor? Todavía tengo hambre.

Su voz era perfectamente normal, a excepción de una ronquera muy ancha. La boca de Cherifa se circuló y bailó arriba y abajo como la de un pez sorpresivo.

—Perdón. ¿Me dejas comer un poco más? —repitió tu padre con el volumen de la voz aún más subido—. Si no me das más comida puedo relacionar ciertos rumores... Nadie oye más historias que el que todos creen mudo. Me entiendes, ¿verdad? No querrás que Faizal se entere de que...

Aquí la voz de tu padre se redujo a un susurro inaudible. La confusión de Cherifa fue tan grande que accedió (por primera vez en la historia del mundo) a llenarle el plato alimenticiamente. Desde aquel día, Cherifa tenía a tu padre más favorecido que nunca (y Faizal lo tenía más detestado).

¿Por qué retornó de repente la efectividad lengüífera de tu padre? Ni idea. A veces la vida se empeña en no seguir las rutas librescamente adecuadas. En el libro nos conviene formular una razón precisa para la lengua curada de tu padre, de modo que evitemos la confusión de los lectores. ¿Qué te parece si ponemos a tu padre a marchar por un bosque, luego pasa por debajo de un castaño, le cae una castaña en la cabeza y exclama: «¡Ay!»? Luego puedes hacer que diga: «Anda, una castaña, qué simbólico resulta que haya curado mi mudez». Si no, puedes dejar que le aflija una secuencia de un sueño mágico donde se retrate su futuro mediante un moderno flujo de la conciencia joyciano: «¡Jolines-allí-voy-a-tener-que-cortejar-a-una-azafata-de-vuelo-sueca-y-allí-cenaré-con-Jürgen-Habermas-y-allí-parece-que-daré-un-discurso-de-agradecimiento-en-la-embajada-canadiense-de-Egipto-con-motivo-de-haber-ganado-un-premio-fotográfico! ¡Más-vale-que-obligue-a-mi-lengua-a-la-curación!». Elige tú mismo el camino a seguir.

Con el don de la habladuría, la amistad entre tu padre y yo creció hasta convertirse en un fundamento rocoso. Nunca le pregunté por la motivación del silencio; en vez de eso quise saber todo sobre sus padres y su historia. Y tu padre me la retrató con la voz que era suya y las palabras que de pronto fluyeron como

la sangre que brota del ascensor en *El resplandor*. Me contó todo sobre su padre Moussa, describiéndolo como un argelino acaudalado que vivía su vida en espacios aéreos internacionales y llevaba un lujurioso pijama de terciopelo por las noches.

—¡Mi padre, ay, mi padre! —gritó, hasta que hubo atraído la atención de todos (a excepción de Amine, que estaba medio sorda). Con nuestras orejas ansiosamente escuchando, nos contó la historia de la carrera de su padre como químico purificador de aguas. Poco después, la foto de tu grandepadre ya estaba reflejada por todo el mundo y obtuvo finanzas suficientes como para invertir en frecuentes fábricas de chuches y tiendas de *jukebox*.

»Después conoció a mi madre en un concierto sinfónico en Mónaco. Ella es una de las maniquíes más bellas del mundo, nacida de padres argelinos en la Miami Beach americana. Ahora es actriz y amiga cercana de estrellas del cine como Grace Kelly y Humphrey Bogart. Por cierto, ¿habéis visto esto?

Con el orgullo brillando, tu padre presentó la desgastada fotografía que siempre llevaba consigo. Nos contó que el hombre del traje negro que estaba al lado de la mesa, exquisitamente acompañado de europeos, era su padre, Moussa. A su lado derecho se encontraba la célebre estrella de cine Paul Newman y a la izquierda el cantante de rock peinado con agua, Elvis.

—Por cierto... —sumó después de haber examinado la foto en detalle—. No os dejéis molestar por el guarda corporal de fondo, que está investigando su nariz.

Las historias de tu padre nos impresionaron mucho a todos. Nuestros ojos brillaban en estéreo al gritar:

—¡Cuéntanos más cosas! ¡Más cosas!

La consecuencia fue una expandida estimulación del susurrante dragón que llamamos imaginación. Tu padre avanzó:

—Mi padre Moussa también cuenta con frecuentes meda-

llas de oro en el mundial de halterofilia y ha trabajado como domador de tigres. Tiene cuatro Pontiac V8; dos negros y el resto, rojos. Ahora vive en una zona lujuriente de París donde los cortacéspedes se parecen a cochecitos y pasa los fines de semana en el campo de golf o en el autódromo. Mujeres de todas las tonalidades nadan en *topless* en su piscina y se untan los hombros con cremas pijas que huelen a coco. ¿Que por qué he sido relocalizado hasta aquí? Tras la desafortunada muerte de mi madre en un accidente de tráfico creció la intención de mi padre de enseñarme la dura lección de la pobreza. Pero, en breve... en cualquier momento, quizá mañana o la semana que viene, llegará su cuerpo para llevarme a la opulenta libertad de Francia. En la armonía de la comunidad haremos visitas a cinematógrafos y conoceremos a estrellas de cine y practicaremos el windsurf y probaremos su gran colección de cruceros de lujo. Si queréis, podéis acompañarme...

Observé a tu padre y pregunté (con cierto recelo recién despertado):

—¿Y cómo ha conseguido semejante éxito?

Tu padre dobló la fotografía cuidadosamente, la retornó a su bolsillo y dijo:

—Mi padre es un triplete de talentos: ¡purificador de aguas, casanova y cosmopolita!

¿Por qué su lengua cultivó una cantidad tan ancha de deslizamientos de la verdad? No lo sé. En cambio podemos apreciar dos tendencias interesantes:

1. Todo lo que en la vida de tu padre estuviera políticamente mancillado era desechado. La política era para él una ciénaga que ya había ahogado a demasiadas personas de su cercanía. No fue hasta tarde en su vida cuando tu padre alteró su relación con la política. Tal vez demasiado tarde.

2. Claro que todos nosotros entendimos que las palabras

de tu padre no eran del todo correctas. Aun así nos hipnotizaban y estimulaban. ¿A que resulta extraño que el rugido de las palabras de la imaginación pueda transmitir cierto consuelo? ¿Acaso esa no es la razón de la realidad de que existan superfluidades como horóscopos, psicólogos y escritores?

Antes de poner término a esta colección de datos sobre la infancia de tu padre quiero detallar una cosa vital: si todavía tienes dudas acerca de la genialidad de este proyecto quiero subrayar que la economía NO es vital para mi asistencia. ¡No dejes que tu tacañería sueca fronterice el futuro de nuestro libro! Todo lo que pido a cambio de corresponderte los datos recogidos sobre tu padre es que hinchemos la honestidad de nuestro libro a tope. Esta garantía me es vital, ya que los falsos rumores están enjambrando la vida de tu padre. La VERDAD y nada más que la VERDAD tiene que ser nuestro faro a la hora de crear este opus maestro literario. ¿Puedes pintarme esta promesa en acero? Si es así, prometo corresponderte en mi próxima carta-e la realidad de la verdad sobre el pasado de tu padre. Resultará impactante y espantosa, por no decir estimulante y eréctil, tanto para ti como para nuestros futuros lectores.

¡Saludos cordiales!

¡Agradece tu respuesta eficientemente entregada! Leer tu positiva respuesta a mi idea libresca calentó mis ánimos (a pesar de tu descuidada gramática y la ausencia de mayúsculas después de los puntos). ¿Se utiliza frecuentemente la frase «Venas tío» para saludar en la Suecia de hoy? De todas maneras estoy muy feliz por nuestra encontrada relación. Mensajearme contigo es casi como mensajearme con tu padre y eso anestesia la inquietud que palpita en mi alma regularmente. ¿Sigues sin cosechar señales de vida de él? Esta noche soñé que un machete furtivo le había sacrificado en un barrio de *favelas* brasileño. Me desperté bañado en transpiración y espero encarecidamente que el sueño solo sea un sueño...

Presento mi ancha comprensión por lo que dices de que «no puedo garantizar nada» y que ahora mismo «paaaaaaaaso de escribir» (*¡sic!*) el libro número dos. Precisamente por eso es una suerte que yo pueda asistirte. Más difícil resulta comprender la rabia volcánica que sientes hacia tu casa de publicaciones. ¿Por qué te enfada tanto el hecho de que la editorial Norstedts haya presentado tu novela

como «la primera novela escrita en auténtico argot sueco de Rinkeby»? ¿No será sin más un método para hacer crecer el interés ante las reseñas? Pon término ahora mismo a tu llamamiento de ellos como «putitorial» Norstedts. Tampoco «vikinguillos pijos imbéciles» es un nombre correcto, desde luego. ¡Retorna tu furia juvenil al apartado de correos que llamamos autocontrol! ¿Es esa la rabia aludescas que tu pobre padre tuvo que soportar durante tu período adolescente? No debió de ser liviano ser tu padre.

Leer, ocho años más tarde, que lo describes como un «jodido, imperdonable traidor» me entristece más todavía. ¡Padres e hijos deben compartir el tiempo, no separarlo! La magnitud de vuestro conflicto me llena de comprensión, pero ¿nunca vais a rehabilitar vuestra relación? Tu padre sigue siendo tu padre, aunque haya construido algunos errores en su vida. ¿Quién no lo ha hecho? Desafortunadamente conozco el carácter del orgullo de tu padre, que imposibilita algunas cosas (contactar con un hijo con un pretexto es una de ellas).

Preguntas con recelo qué saco yo por asistirte («quiero decir, *what's in it for you*»). Permíteme responderte con una descripción de mi vida cotidiana: Autorizo un pequeño hotel en Tabarka. Poseo 54 años. Tengo economía ahorrada que asegura mi pensión. No tengo familia. Por otro lado, tengo un pasaporte que no se recibe con amabilidad sin visado en demasiados países atractivos. Por ello mi día laboral sigue el ritmo de la tradición: me despierto, coloco mi cuerpo en la recepción, recibo llaves, dirijo algunos turistas a puntos de vista, lanzo la señora de la limpieza hacia habitaciones recién dejadas. Pero la mayor parte del tiempo estoy quieto, surfando la red mundial global. Rebajo anuncios japoneses humorísticos, leo sobre J-Lo y Paris Hilton en diarios sensa-

cionalistas americanos, veo *The Worst of Jerry Springer*, localizo hechos desmotivados. (Por cierto, ¿estás familiarizado con el récord global de consumo de plátanos? Solo 23.) Por ello dispongo de grandes cantidades de tiempo superfluo que no me importa sacrificar para visitar la esfera del sueco y corresponderte la historia de tu padre. Eso se lo debo. Por lo menos.

Tus directrices acerca de la necesidad de que el libro cuente con un «desarrollo dramático la hostia de definido» me han influenciado en la preparación del documento agregado. Propongo que el tema de la castaña sea el hilo conductor mediante el cual pueden entrelazarse los episodios de la vida de tu padre. Asimismo estoy de acuerdo en que la necesidad de anonimato de ciertas personas puede dañarse si hacemos uso de sus verdaderos nombres. Llamémoslo «ficción», pues, y modifiquemos algunos nombres. ¿Qué nombre daremos a tu padre? Para profetar su futura relocalización a Suecia propongo el nombre simbólico «Abbas». Después podemos continuar: «Con lo cual, el nombre de mi padre llevaba similitud con el grupo de pop sueco que colmaría las pistas de baile de los setenta con éxitos como *Dancing Queen* y *Bang-a-Boomerang*. ¿Esto era casualidad o una señal del destino? Nos inclinamos por lo segundo...». También podemos nombrarlo Hammah. O Bilal. ¿O tal vez Robert, por los ídolos Robert Frank y Robert Capa?

Agregado encontrarás la verdad sobre tu padre. No dejes que la sorpricia te escandalice.

Tu amigo estable,

Kadir

PS: Te irradío pensamientos positivos y reservo mis dos pulgares ante el venidero día de publicación. ¡Bendita suerte!

PS2: Supongo que proseguimos nuestra relación en sueco. ¿Tu torcido e inocente árabe no nos servirá de fundamento para la creación de un libro?

Durante la primavera del año 1965, los despertares nocturnos de tu padre no encontraban término. La distinción era que ahora podía gritarse a sí mismo y al resto de nosotros hasta que alcanzáramos un estado despierto. Algunas noches espiaba su tumbado cuerpo, mojado por la transpiración y con los ojos abiertos de par en par. Cuando se acercaba el amanecer, él se localizaba junto a la ventana para echar un vistazo al patio. Una noche pateé mis pasos hacia tu padre, que se había acurrucado en la ventana con los hombros vibrando arriba y abajo. Sus ruidos lloríficos se producían a un volumen bajo y en la mano apretaba su venerada castaña.

—Ahora dime la verdad, ¿cómo se encuentra tu salud? —le susurré con la atención de un hermano.

Abbas se secó las lágrimas rápidamente y trató de regresar a la normalidad.

—Muy bien. Gracias por la pregunta.

—¿Entonces por qué te persiguen estas pesadillas repetidas?

Tu padre miró su castaña y dijo:

—¿Puedes aguardar un secreto que no debes describir a nadie?

—Lo prometo.

—¿Por todo el honor existente y por siempre jamás?

—Lo prometo.

—No he sido del todo honesto sobre mi historia...

—¿Y eso? —Debo reconocer que en este momento sentí aquel tipo de alegría que puede despertarse cuando las sospechas se verifican—. ¿No es tu padre el de la fotografía?

—Sí, es él. Y es argelino. Pero... No comparte su compañía con Elvis y Paul Newman. ¿Sabes quiénes están a su lado?

—No.

—Maurice Challe y Paul Delouvrier.

—¡Vaya!

—¿Conoces a aquellos?

—Eh... No. ¿Quiénes son?

Tu padre explicó que Challe y Delouvrier eran los dos gobernadores franceses responsabilizables de la colonia argelina antes de la liberación.

—¿Quieres saber por qué mi padre se encuentra en su compañía? Porque era un *harki*. Un *beni-oui-oui*. Un colaboracionista. Imagínate lo que haría Cherifa en caso de saberlo... O Sofiane...

Durante las siguientes horas, tu padre susurró toda su verdadera historia para mis orejas. Contó que había nacido en un pueblo de montaña argelino cerca de la línea divisoria tunecina. El nombre de su madre (¡tu verdadera grandemadre!) llevaba el nombre de Haifa. Ella era una mujer con poderosa fuerza que luchaba con su contexto al igual que el luchador y actor Hulk Hogan. Los ideales de Haifa nunca fueron los de la tradición o la religión; tenía costumbres occidentales y salpicaba sus exclamaciones con frases francesas, lo que creció la irritación del pueblo. Pero Haifa no se dejó silenciar.

Un día le proclamó con orgullo a Abbas que el nombre del hombre que había firmado su embarazo era Moussa. Se habían

rencontrado por casualidad cuando ella hizo una visitación a Argel. Moussa le había prometido un futuro conjunto con matrimonio y vida lujuriosa. Después de un *rendezvous* erótico, Haifa retornó a su pueblo natal con sueños de futuro cromatizados por el arco iris. Desgraciadamente, las palabras de Moussa resultaron ser promesas de aquel carácter especial que podríamos llamar mentiras. La familia de Haifa la aisló y el único hombre del pueblo que no negaba su compañía era un joven campesino vecinal de magros fondos llamado Rachid.

Paralelamente, el exterior de Moussa comenzó a ser reconocido como el argelino que prefería la política de los franceses. Moussa defendía con entusiasmo la misión civilizadora de Francia y negó el llamamiento de unas fuerzas ocupantes que cultivaban la tortura. Alquilo su lengua a los franceses y sació de esta manera su cartera.

Interrumpí la historia de Abbas:

—¿Has visto a tu padre alguna vez?

—Sí. Una vez hizo una visitación a nuestro pueblo. Pero mi edad era reducida y no recuerdo mucho de ese día. Creo que comimos en un restaurante. Recuerdo que él tenía una fuerte barba gris en el pecho. También que dos guardas corporales escoltaban sus pasos. Y recuerdo que me delegó esta castaña. Creo que eso es todo.

—¿Por qué una castaña?

—Porque... Ni idea. Desearía que mi memoria presentara una mayor nitidez.

Sobre todo fueron las historias de tu grandemadre sobre Moussa las que influenciaron el alma de tu padre. La revelación de que tenía un padre con renombramiento internacional le elevó a un orgullo cohetístico (antes que vergüenza). Tu padre fue colmado con una euforia cosmopolita que maximizó su emoción de no ser como los demás. Muchos del pueblo se bron-

queaban y se manifestaban, curvaban la lengua hacia discusiones acerca de la repugnancia de los franceses y gritaban las exigencias de libertad del colonialismo. Pero tu padre visualizaba todo lo político como un virus; ya de niño se prometió a sí mismo que NUNCA lubricaría sus alas con el petróleo derramado de la política. En lugar de eso fantaseaba sueños sobre el entorno internacional.

(El susurro del paréntesis: ¿Puedes entender la emoción de no participar en la generalidad de su entorno? Si es que sí, ¡cultiva esta emoción en tu redacción! Retratar algo que está totalmente separado de la experiencia de uno es una misión impracticable, algo así como no reír al observar el encrespado peinado de Kramer en *Seinfeld*.)

Tu padre anudó su relato con los turbulentos años que pusieron término a la década de 1950 en Argel. Hubo un caos político, las manifestaciones sangraron las calles y el terror sacudió el día a día de la gente. En el pueblo natal de tu padre, la irritación de la gente con los franceses fue reflejada hacia tu padre y grandemadre. Pero Haifa se negó a adaptarse, seguía homenajando a los franceses, rociaba su idioma con frases francesas y publicitaba con orgullo que su genética era decididamente más global que argelina, más cosmopolita que árabe.

En 1962, cuando la edad de tu padre era la de un doceañero, se puso término a las discusiones de Evian. Los franceses prometieron abandonar el poder. El hecho de la liberación pertenecía a Argelia, y la consecuencia fue un caos que podríamos llamar típicamente árabe. La sangre de la lucha por el poder. Más demostraciones. Más terror. En el verano del sesenta y dos hubo 15.000 muertos por ataques del FLN. Hasta que Ben Bella se hizo con el poder, inició su estado unipartidario e ilegaló todos los partidos salvo el FLN. (Escríbeme... sin que te enerves y sin degradarnos a las desgarradoras discusiones que

has mantenido con tu padre: ¿qué gente puede renquear más en cuestiones de democracia que los árabes? El hecho de no conformarte con tu padre en esto es un enigma para mí.)

Muchos colaboracionistas franceses, o *beni-oui-ouis*, fueron perdonados y olvidados para avanzar una anudada carrera burocrática. Solo algunos fueron cromatizados con colores de vergüenza por los diarios. Uno de ellos fue tu grandepadre, Moussa. Al parecer, su cuerpo había huido del país y ahora le retrataban en artículos y en dibujos caricaturescos como un perro domado por franceses. ¿La consecuencia de esta campaña? La gente se dejó llevar como estúpidas ovejas, según el más puro estilo arábigo. Comenzaron a demostrarse delante de la casa de tu grandemadre. La injuriaban, y los gritos nocturnos resonaban en las calles del barrio. Una vez, su puerta fue cromatizada con sustancias malolientes que no se merecen detallación.

Paralelamente, Haifa comenzó a preocuparse por la estabilidad mental de tu padre. Realizaba expediciones mientras dormía, sacaba de su imaginación amigos sombrescos a los que conversaba. Una vez incluso llegó a vestirse con los velos de tu grandemadre y trató de enmascararse como mujer. La única persona que hacía visitas de apoyo a Haifa durante este problemático período fue Rachid, el campesino vecinal de magros fondos.

Desgraciadamente, Rachid estaba impresente la noche en que una persona invisible introdujo su cuerpo en la casa de Haifa, pinchó el conducto del gas y encendió un cigarrillo a la espera de los macizos vapores somníferos. El invisible transportó el cigarrillo hasta el interior de la casa y desapareció sin dejar rastro en las sombras de la noche, acompañado de los pétalos de un fuego cada vez más bramador. El que salvó tu padre de las llamas explosionales fue el recién despertado vecino... Rachid.

—¿Y fue Rachid el que te transportó hasta aquí, a Jendouba?

—Sí, creo que sí. Pero la verdad es que no me acuerdo —surró tu padre con aquel tono seco que uno adquiere al amanecer después de haber hablado solitariamente durante horas—. Recuerdo que sufrí vomitaciones. Y recuerdo que me diste la bienvenida allí en la entrada. Entre una cosa y otra casi todo está borroso e inseguro. Todo lo que he traído de mi casa es esta fotografía y esta castaña.

Los gallos se aclararon las voces cantarinas en las granjas vecinales y mis ojos habían empezado a picar y a enarenarse por el cansancio. Aun así no quería dormirme. Todavía no. Le dije:

—Por extravagante que parezca, nuestras respectivas historias llevan ciertas similitudes. Mi familia también fue borrada en un fuego explosional a consecuencia de la época colonial...

—Mmm.

—Oye, ¿me escuchas?

—Mmm.

Pero en realidad tu padre estaba como hechizado por la fotografía. Yo no quería ni distraerle ni dejarle solo. Así que esperé. Lo que finalmente despertó su letargo fue una pomposa descarga de gases del colchón de Omar. Sonreímos nuestros labios el uno al otro y le dije:

—Eh..., intentemos atrapar un poco de sueño antes de que el amanecer se convierta en día.

Recuerdo los detalles de la fotografía muy bien. Era granulada y flameada de tonos grises, recortada de manera tambaleante de un diario argelino. El paso del tiempo había rizado sus extremos, amarilleado su cromatización y desmenuzado sus esquinas. Moussa estaba sonrisado de blanco y trajeado de negro y tenía un anillo de dedo visible, con un Challe de bigotes finos en un lado y un Delouvrier con un pelo repeinado con agua en el otro. En realidad la foto era bastante ordinaria. Con la excepción del detalle que a mí me parecía cómico pero que frustraba

a tu padre: en el fondo, la silueta del anónimo guarda corporal realizaba un minucioso inventario del interior de su nariz. Había hundido todo el dedo indexador en el hoyo negro y eso, según tu padre, amenazaba la excelencia de la imagen. «¿Cómo puede un defecto tan pequeño tener una consecuencia tan grande?», solía interpelar, sin anticipar respuesta alguna. ¿Tu padre te ha expuesto esta foto? ¿Tal vez podríamos localizarla e inyectarla en el libro? O si no, puedes inyectar tus recuerdos de la foto abajo, en un formato de letra variado.

Y recuerdas a padres, que muchos años después cambia el nombre del armario y comienza a llamarlo memorario. Detrás de la puerta con candado están los discos de Otis Redding grabados en cintas de audio, pequeños frascos de perfume con etiquetas frotadas hasta la desaparición y miles y miles de negativos fotográficos. Porque padres ha explicado que los profesionales nunca tiran ni un solo negativo. Y también está allí aquella vieja fotografía de un periódico árabe en la que posan tres sonrientes hombres en un restaurante. El papel está tan desgastado que casi se puede ver el texto del dorso. ¿Quiénes son los hombres de la imagen? Padres solo carraspea, devuelve la fotografía al sobre y saca su castaña. Es una castaña pequeña y miserable, ni siquiera especialmente suave al tacto, y preguntas a padres: «¿Por qué has guardado una castaña que además tiene pinta de ser podrida y arrugada?». Padres explica: «Esta no es una castaña cualquiera, es una mágica castaña de la suerte. La he llevado en el bolsillo toda la vida y una vez la usé en una apuesta para hacerme con una canica de cristal en las calles de Jendouba y en la mili la utilicé como munición

para mi tirachinas cuando atacué a un general que estaba intentando violar a una mujer y la primera vez que vi a tu madre se la tiré para captar su atención». Y no sabes si padre está de broma o no pero él se ríe así que tú también te ríes y él tira la castaña al aire y justo le da tiempo a dar tres palmas antes de que vuelve segura a sus manos.

¿Qué explicación te ha delegado tu padre de su infancia en casa de Cherifa? ¿Quizá ni te ha contado que nació en Argelia? Tal vez leas ahora mismo estas palabras en un estado de *shock* emotivo por saber que Cherifa no es tu verdadera grandemadre. Si este es el caso, quiero acordarte una cosa vital: sea cuál sea la versión selectada por tu padre, soy yo el que te presento la realidad de la verdad. Memoriza que tu padre siempre ha elevado la verdad como un ideal. Pero a veces la complicación de la verdad le ha obligado a mentir. ¿*Oki-doki?*